

Canción de Abril a un Poeta de Ochenta Años

Por
Juan Rejano

En el homenaje a
Don Enrique González Martínez

Verde vive el laurel sobre tus sienes
y en tu entraña la música extremada
que oyera Fray Luis.

Sobre tus hombros
de venerable roble, todavía
los matinales pájaros se posan,
encienden su diadema los estio
y una rama florece cada noche
atestiguando al libre viento esbelto
que tras una agonía hay una aurora
y un latido de amor entre las pausas
de sombra.

Otros se van cuando las rosas
nacen: esclarecidos, dolorosos
se alejan en silencio con un tirso
primaveral sangrando; entre las manos
y en la garganta la palabra virgen.
Mas no por eso son los elegidos,
como resuena en el proverbio antiguo,
ni la muerte los llama por codicia.
Tú te quedaste aquí, sobre la piedra,
sobre el llanto,

la herida

y el esfuerzo,
cultivando el panal de la esperanza,
trabajo y armonía, luz humana,
golpe de la hermosura, abrazo pleno,
con el candor del alimento tibio
y una llama en la frente para el hombre.
Tú te quedaste aquí, padre del verso,
fértil abuelo de abrasada estirpe,
cantando como un ancho río de alondras
para que Anáhuac siga siendo un árbol,
una ofrenda, una sed sobre la tierra,
para que el niño de la crencha oscura
y la morena piel mire hacia el alba,
para que el duro obrero fatigado
sepa que el horizonte tiene un nombre
y la estrella un color,

para que el tiempo
renazca entre azucenas y cenzoniles
y el maíz abra un círculo de antorchas
como los viejos soles cosmogónicos.
Tú fuiste el elegido,

arpa y colmena,
ni milagroso ni celeste: verbo
del hombre, sólo terrenal augurio,
erguido ante el mañana, la pupila
llena de inmensidad, tendido el brazo,
en comunión con el dolor ajeno,
ya del propio dolor sollozo y brisa,
y ahora sube hasta ti un rumor de río,
un ala,

un himno de amoroso pueblo
ahora sube hasta ti la sien de México
a reclinarse en tu extendido canto.
Oh, dulce patriarca de los sueños,
mira llegar la flor de las regiones,
el indio de abrumado dorso,

el fuego

silencioso del cráter, las espadas
del cactus,

los mineros, el ejido
granando arquitecturas de esmeralda,
el ensueño alfarero, las orquídeas,
el fulgor del petróleo liberado.
Mira, mira ascender las muchedumbres,
cobre y sol en los pómulos; el grito
de paz entre los labios,

la corona

de los lagos, las noches litorales,
la madre con el fruto entre los brazos,

el árbol perfumado, los amantes
floridos, el collar áureo del Valle,
la inmensa luna de los dos océanos,
y mira, oh, mira; sí, también, de España,
de mi España lejana, de la tuya,
cómo llegan los torsos insumisos,
las guerrillas del alba,

campesinos

de lluvia y cereal, la negra encina
sillares y amapolas, la inocencia
de la novia aldeana, menestrales,
pastores y estudiantes,

los jazmines

andaluces, la lágrima galaica,
los ríos romanceros de Castilla;
astures, vascos de montaña y ola,
la furia aragonesa, catalanes

con la sangre del héroe amanecido,
Madrid que siempre fue muro famoso.
Oh, maestro del buho y la parábola,
yo miro desde Abril hacia tu frente,
hacia tu frente niña encanecida,
y contemplo la edad en que te eriges,
como un monte brotado de verbenas.
No te pido reposo, no ha nacido
tu voz para cesar:

sé que una fuente

sigue en tu corazón mamando estrellas,
y al ritmo que conduce mi esperanza
y ajusta el alborozo mexicano
levanto esta canción a tus ochenta
años de juventud y de poesía.



Ilustración de Elvira Cascón.